

Huggy, Creo que vi... ¡Fantasmas!

Recopilación de historias cotidianas venezolanas



Teresa Quintero
Gabriela Gardié



Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Dirección de Publicaciones

HUYYY, CREO QUE VI ... ¡FANTASMAS!

Recopilación de Historias Cotidianas Venezolanas

*Teresa Quintero
y Gabriela Gardié*

Huyyy, Creo que vi ... !Fantasmas!

Recopilación de historias cotidianas venezolanas.

Gabriela Gardie / Teresa Quintero

1era Edición: 2017

Serie: Textos Universitarios / Religiosos Código: 2016.1.julio.a

Edición:

Serie de libros arbitrados de la Dirección de Publicaciones de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Formato:

Digital / 155mm X 220mm

Corrección de Pruebas:

Marta De Sousa / Correo electrónico: dsousamarta@gmail.com

Diagramación y montaje electrónico:

L + N XXI Diseños, C.A

Correo electrónico: luzmarquez1950@gmail.com / nunciams@gmail.com

Diseño de portada:

Gabriela Gardie / Teresa Quintero

Imagen de la portada:

Gabriela Gardie / Teresa Quintero

Comité Editorial:

María Eugenia Carrillo / Marta De Sousa

Reservados todos los derechos:

Este libro no puede ser reproducido total o parcialmente, por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del autor.

Publicado:

Caracas, Venezuela. Noviembre 2017. Universidad Pedagógica Experimental Libertador / Dirección de Publicaciones. Dirección: Avenida Sucre, Estación del Metro, Gato Negro, Parque del Oeste, Catia, Venezuela. Apartado Postal 2939, Caracas 1010. Teléfonos: (0212) 806.00.15

Depósito Legal: AR2016000076

ISBN: 978-980-7335-42-3





Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Dirección de Publicaciones

CONSEJO RECTORAL DE LA UPEL

Dr. Raúl López Sayago
Rector

Dra. Doris Pérez Barreto
Vicerrectora de Docencia

Dra. Moraima Esteves
Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Dra. María Teresa Centeno de Algomedá
Vicerrectora de Extensión

Dra. Nilva Liuval Moreno de Tovar
Secretaria

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES

María Eugenia Carrillo
Directora

Marta De Sousa
Jefa de Unidad de Edición

Víctor Carrillo
Jefe de Unidad de Distribución y Promoción





Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Dirección de Publicaciones

HUYYY, CREO QUE VI ... ¡FANTASMAS!

Recopilación de Historias Cotidianas
Venezolanas

*Teresa Quintero
Gabriela Gardié*

Maracay, 2016



INDICE GENERAL

Presentación	9
El Autobús Fantasma	13
El negrito del dique	16
El carretón de la muerte	18
La Sayona	22
Premonición	25
El brujo enamorado	28
Con razón el hotel es tan económico	30
Un raro aleteo ...	33
¿Qué pasó durante las vacaciones?	35
La puerta	38
La bruja tiene su corazoncito	41
La cobardía del inglés	43
Anuncios	45
El portal	48
Recogiendo los Pasos	51
La vela de La Candelaria	53
 Los fantasmas del Pedagógico de Maracay	 55
El fantasma de la camisa a rayas azules	57
del viejo edificio de postgrado	57
La muerta del baño de mujeres	58
del edificio de castellano	58
El fantasma de secretaría	59
En el otro del edificio administrativo ...	60



Las mujeres de biología	61
Se llamaba maría bonita	62
La catira de educación para el trabajo	64
Viajaron con los libros	65
El fantasma serenatero	66
¿Será Verdad?	67

Nota	69
Las autoras	70



Presentación



Los personajes de los cuentos de fantasmas, muertos y aparecidos, poblaron una época no muy lejana de nuestra geografía y ocuparon un lugar muy especial en la infancia de hombres y mujeres venezolanos, y es así como sus historias, han pasado a formar parte del folklore de nuestro país y permanecen guardados en nuestra memoria.

Unos vinieron de España en los primeros barcos europeos que llegaron a estas tierras y aquí se les dio cédula de identidad venezolana. También se le sumaron las costumbres y rituales que trajeron los esclavos africanos que vinieron en los barcos negreros; posteriormente, se formó una amalgama en donde confluían las historias de otras culturas que se fueron sumando conforme nacía y se desarrollaba Venezuela.

Los oíamos de la boca de los cuentistas populares y de algunos familiares y vecinos que tenían la facilidad de recordar, inventar y narrar, alrededor de los cuales se formaba, generalmente al atardecer y de noche, en cada pueblo y dependiendo de la oportunidad que ofreciera algún suceso, un círculo de oyentes asustados, casi siempre muchachos, pero presos de la magia de la voz y de los recursos teatrales de esos narradores, que contaban cosas aprendidas de memoria y las adaptaban según la ocasión.

Considerando las posibilidades de hoy, desde el Núcleo de Creatividad y Educación (NICRED – Línea de Investigación Arte y Cultura – D0080) de la UPEL Maracay, realizamos un proceso de investigación referido, precisamente, a estas expresiones propias de la cultura





venezolana, planteándonos entonces, crear un libro recopilatorio de Cuentos de Fantasma Venezolanos y de la UPEL Maracay como aporte al conocimiento de la cultura popular venezolana y de la universidad, puesto que consideramos que ese aspecto, hasta ahora, poco conocido conforma una historia. En este sentido, se plantearon dos Líneas Maestras: (a) Conocer las historias de fantasmas y de aparecidos que forman parte del acervo cultural de Venezuela desde la voz de quienes lo experimentaron, y (b) Recopilar las historias de aparecidos que, según la comunidad universitaria, se manifiestan en la UPEL Maracay. Se trató como un Proyecto Especial sostenido en una investigación de campo descriptiva bajo el enfoque cualitativo. La información fue suministrada por 27 Informantes Clave (11 de la UPEL Maracay y 16 de distintas regiones de Venezuela). Las entrevistas fueron transcritas y revisadas considerando que no se repitiera la información y que otras personas pudieran confirmar la historia. Al final, se constituyó un libro de cuentos con dos partes: (a) Fantasmas y Aparecidos de Venezuela tomando en cuenta zonas urbanas y zonas rurales, además de la geografía nacional, y (b) Fantasmas y Aparecidos de la UPEL Maracay, incluyendo las personas de nuestra comunidad que, habiendo fallecido, manifiestan su presencia en la universidad, en su sitio de trabajo. Pudiésemos pensar que más que cuentos, son anécdotas de primera mano, experiencias de personas de nuestro entorno, hechos que produjeron una marca emocional en nosotros, más cerca de la fábula que de lo racional y lógico.

Se dice, y nosotras lo creemos, que la llegada de la luz eléctrica hasta los rincones más apartados de nuestra geografía junto con la televisión, acabaron con ellos. Debemos suponer, de igual manera, que otro factor determinante ha sido la tecnología y la prisa de la vida

moderna, las cuales no dejan espacio para compartir algunos misterios familiares y académicos, y sus posibles explicaciones e interpretaciones. De allí que este libro es un intento de recopilar, guardar y ofrecer, especialmente al niño y al adolescente de hoy, algunos de esos viejos relatos antes de que se pierda la memoria que los ha conservado en el colectivo.

Teresa Quintero
y Gabriela Gardié





El Autobús Fantasma

- ¡Por fin llegamos al mirador! Vamos a pararnos un rato a estirar un poco las paticas. Aprovechen para revisar el aire de sus cauchos – exclamó Carlos, “el piloto designado” por el grupo de cinco amigos para manejar la camioneta durante el día de playa en Ocumare.
- ¡Qué bonita se ve Maracay desde aquí! ¿No? – exclamó Pedro – Parece un nacimiento con todas las luces encendidas.
- Yo lo que tengo es un hambre que no veo, compa. ¿Vamos a parar en la cachapera? – preguntó Marcos.
- Tú sólo piensas en comida, vale – Le contestó JL.
- No vayas a comenzar – Lo regañó Carlos – Vamos, vamos. Todos a bordo. Arre, arre, que esto está muy oscuro. Mejor nos vamos largando.
- Yo les voy a decir una cosa: la próxima vez nos venimos a las tres o yo me vengo en el primer autobús que salga. – Los amenazó David – Esta carretera es muy sola y peligrosa por tanta curva. Cualquiera se puede ir por un voladero.
- Bueno, bueno, te tendrás que venir en ese autobús que nos estuvo correteando todo el tiempo. Tú si eres bravo –Se burló Pedro.
- Y hablando de voladero, ¿qué habrá sido de ese autobús? No lo hemos visto pasar – preguntó Marcos-¿no les aparece raro? ¿qué será?
- Bueno, bueno, vamos a seguir. A bordo to'o mundo – Los apuró Carlos, metiéndose de un salto en la camioneta
- El grupo de cinco muchachos reanudó el viaje. Hicieron una parada en la cachapera y después de comer, cada uno fue dejado por Carlos en su casa.

Al día siguiente se reunieron donde David para hacer un trabajo en equipo de la universidad y cuando hicieron un alto para comer algo, Pedro hizo el comentario del autobús que tocaba la corneta insistentemente; pero al que nunca vieron pasar.



- ¡Qué cosa más rara esa! Todavía me estoy preguntando qué pasó.

La mamá de David, que andaba en la cocina, se asomó y preguntó:

- ¿Qué cosa es ese cuento del autobús que los correteó?
- Bueno, es que lo oímos varias veces como si estuviera detrás de nosotros apurándonos; pero nunca lo vimos; nunca vimos las luces tampoco- Respondió JC.
- Ni tampoco nos pasó. – Dijo Marcos – Yo no quise hacer ningún comentario para no asustarlos. Pero señora, yo estaba chorreado y como era de noche...
- Sí, compa, parecía apurado – JC – pidiendo paso. Casi que lo teníamos encima, con el motor roncándonos. Se me puso la carne de gallina.
- Nosotros sí que somos bravos. – Acotó David – Todo el mundo asustado y ninguno dijo nada.
- Yo tampoco quiero asustarlos pero la próxima vez se regresan temprano – les dijo la señora- A las tres es buena hora y suficiente. No se busquen problemas. Está bueno ya.
- Pero usted iba a decir algo – La interrumpió Marcos – ¿O se arrepintió?
- Miren mijitos, acuérdense de la tragedia del Río El Limón. Hubo muchas muertes, familias enteras desaparecieron por la furia del agua. Hay quien dijo que al agua se llevó carros y un autobús que estaban en la carretera sin poder avanzar; parece que no se pudo recuperar a nadie, y que para evitar una epidemia echaron bolsas y bolsas de cal. Finalmente, la naturaleza piadosa, cubrió todo con la selva. Esa selva se tragó ese autobús. Bueno, dicen que el autobús recorre de noche la carretera, sin luces y corneteando. Va a mucha velocidad pidiendo paso, huyendo del agua, que se les viene encima. Algunos y que lo han visto. No me crean, pueden ser cuentos de borrachos amanecidos.
- ¡Perro! ¡Qué fino ese autobús! –Exclamó David- Yo, por si acaso, bien temprano, compañeros.



■ La Creencia:

Se cree que las muertes en grupo suceden por la necesidad de pagar un karma colectivo y las almas se quedan estancadas en la tierra, hasta que todos hayan sanado y puedan llegar juntos al más allá. Una historia parecida la cuentan algunos habitantes de Choroni, quienes hablan de un autobús, cuyos focos son tan fuertes que penetran la neblina de la madrugada y encandilan a los otros conductores, pero es lo único que se ve.

El negrito del dique

Había llegado la temporada de lluvias y durante muchas horas cayó un fuerte aguacero. El viejo dique “gomero” se llenó amenazando con desbordarse porque sus aliviaderos estaban tapados por la basura que le arrojaban, más la que traía el río.

Algunos vecinos del barrio El Paraíso, estaban preocupados por la situación, pensando que podía ceder bajo la masa de agua contenida y arrasar con el barrio y zonas aledañas. Por eso, algunas familias se reunieron y decidieron limpiarlo el sábado siguiente.

A la hora convenida, los hombres se lanzaron al agua y comenzaron a sacar la basura acumulada en el fondo: había de todo, desde animales muertos hasta corotos viejos e inservibles que las aguas habían atrapado.

Una vez terminada la jornada y considerando que era suficiente, se sentaron todos a comerse un sancocho colectivo preparado por las mujeres allí mismo. Después, cuando comenzó a anochecer, casi todos se marcharon a descansar, pero un pequeño grupo de cuatro de los hombres más jóvenes quedaron bañándose.

Se les pasó el tiempo entre juegos y las últimas cervezas, sin darse cuenta, cuando, con extrañeza, oyeron unos silbidos y al voltear hacia el muro, vieron un niño que caminaba peligrosamente por el borde del dique.

- ¿De dónde salió ese carajito? ¿Qué hace trepado allí a esta hora? Se va a caer - fueron las preguntas que se hicieron, hasta que Jesús los alertó:
- No se acerquen. Esa es una visión. Hace tiempo mi abuela, que en paz descanse, me contó que habían encontrado el cuerpecito de un niño, que se había ahogado río arriba en una crecida. Sólo busca que alguien lo sustituya para él descansar, por fin, en paz.
- Yo, por si acaso me voy. No me gusta nadita esta broma - Dijo Arístides.
- No corran; salgamos en calma todos juntos, sin voltear por más que nos silbe – Recomendó Jesús.



- Vamos a rezar un Padre Nuestro en voz alta hasta que lleguemos a la primera casa y allí nos metemos hasta que amanezca – Dijo Fernando y el mismo comenzó: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre... y los demás lo siguieron.

Cuando la señora Trina, dueña de la casa más cercana al dique, les abrió la puerta y vio las caras de susto, los dejó pasar.

- ¿Y ... a ustedes qué les pasó? ¿Cómo que vieron un muerto? Quédense aquí esta noche. Acomódense por allí hasta que amanezca. Les voy a hacer un cafecito para que se les pase el susto. ¿Se les apareció el negrito, no? Yo lo ví una noche que tuvimos que salir a la carrera porque el río venía como un toro y creíamos que se llevaría al barrio. Pobre criatura que no encuentra todavía el descanso de su alma y anda penando por ahí.



La Creencia

La gente del pueblo afirma que cuando alguien muere trágicamente, el alma permanece entre los vivos hasta que encuentra otro ser humano que muera en circunstancias parecidas para dejarlo en su lugar.



El carretón de la muerte

Nelson era representante de una casa de productos animales y viajaba siempre de una ciudad a otra de la zona central del país, que la compañía le tenía asignada; pero le gustaba tomar carretera de noche, “con el fresco de la hora y bajo las estrellas”, como le gustaba aclarar.

- Se viaja mejor ya que la carretera está vacía y es más fresca, y uno amanece en el sitio adonde tiene que hacer la venta, tranquilo.

Su madre y sus hermanos, a quienes no les gustaba esa costumbre, le señalaban los peligros que existían por los caminos de Dios en las noches: “un asalto, un accidente, un animal o un borracho, causan problemas, además del cansancio, de la oscuridad y de algunos de esos locos de carretera al frente de un volante”, le decían siempre.

- Tranquilos, tranquilos... Sé como son las cosas. El que puede tener problemas y tiene que cuidarse – respondía – es el que se me atravesase, porque yo me lo llevo por delante. Después me enteraré por el periódico, o cuando uno de ustedes me pregunte si fui el autor de tal cosa o de cual otra... Además, llevo de copilota a La Mechita, la virgencita.

Esa noche salió a las 7: 00 aproximadamente, ya que tenía que tomar un pedido en una hacienda cercana a Santa María de Ipire. Al llegar a uno de los sitios de parada de autobuses, se bajó a estirar las piernas y tomar café. Allí se encontró con un amigo de bachillerato y decidieron viajar juntos para ir conversando. Juan, que así se llamaba el otro, sacó del autobús en el cual venía, su morral, lo guardó en la camioneta de Nelson y arrancaron.

Después de unas cuantas horas de viaje, se pararon cerca de las ruinas que quedaban de lo que había sido un pueblo a orillas de la carretera, porque querían orinar.

Nelson apagó el motor y la radio antes de bajarse, y el silencio les trajo unos ruidos que no alcanzaban a definir. Prestaron atención y escucharon mejor: de lo lejos venía con la brisa una mezcla de sonidos que los extrañaba cada vez



más, porque eran raros en medio de la inmensidad, el tañido de una campana, sumado a una especie de rezo, el traqueteo de una carreta, y el golpeteo de cascos acompasados sobre el suelo.

No había luna y todo estaba extrañamente detenido, envuelto en la profunda oscuridad. Se quedaron quietos, apenas respirando, atentos al ruido; de pronto sintieron un escalofrío. No sabían por qué, pero les recorrió el cuerpo. Sin querer decir nada todavía, se miraron y una voz interior les dijo que aquello que oían, venía de algo del más allá y que no debían quedarse ahí esperando en la camioneta.

Los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, al mismo tiempo abrieron las puertas de la camioneta, corrieron y se acurrucaron detrás de un pedazo de pared que aún quedaba en pie. Habían olvidado las ganas de orinar. Lo que se iba acercando poco a poco, hizo que el escalofrío se transformara en un terror que los hacía temblar, cuando alcanzaron a medio ver la aparición que venía desde las afueras del pueblo abandonado

- ¿Qué vaina es esa? - Se preguntó en voz alta Nelson.
- Ni idea, - respondió Juan - pero de que no es cosa de este mundo, no lo es. Así que, compañero, rece y pídale a sus santos que nos protejan.

Aquello había avanzado hasta casi quedar a la altura de donde ellos estaban agachados sin atreverse casi a respirar para no hacer ruido, y ahora sí pudieron verlo bien: un carretón tirado por los esqueletos de dos mulas y manejado por dos extrañas figuras totalmente cubiertas, se iba deteniendo en lo que quedaba de cada casa, mientras que otras que iban en el pescante sacaban unos cuerpos de las ruinas y los tiraban de cualquier modo en la carreta. El cortejo se completaba con alguien que iba detrás a pie, rezando.

Sintieron helarse. El terror los tenía paralizados impidiéndoles salir corriendo y meterse en la camioneta; no recordaban ninguna oración y mezclaban padre nuestros con credos. El frío inmenso seguía metiéndoseles por la piel y erizándoles los pelos del cuerpo.

Nelson, que sentía que el corazón se le iba a salir por la boca, se llevó una mano a la garganta como para detenerlo y fue cuando tocó la medalla de la Virgen

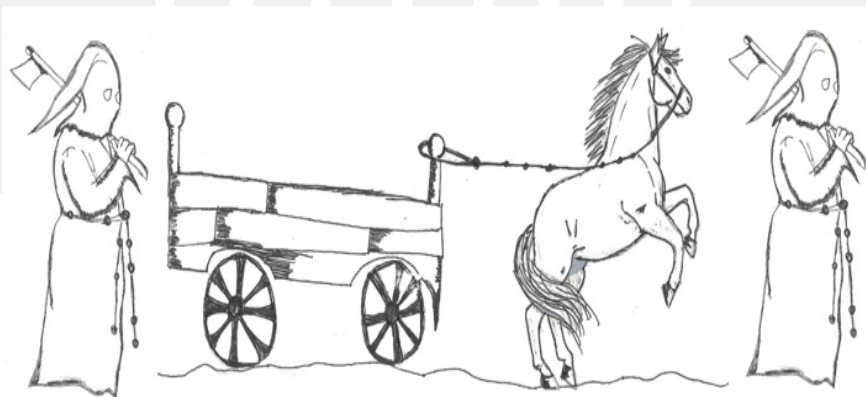


de las Mercedes que tenía colgada del cuello. La agarró fuertemente y abrazó a Juan, diciendo bajito:

- ¡Virgencita, que no nos vean! ¡Señora, que no nos descubran!; ¡Santa María, que sigan de largo! Ampáranos, cuídanos, Señora, ay virgencita...Mechita, por favor.

El carretón se detuvo frente a la pared donde estaban acurrucados y sintieron a los ayudantes recorrer un pasillo inexistente y regresar cargando un cuerpo que echaron de un golpe en la parte de atrás. El acompañante del conductor caminó hasta donde estaban ellos e hizo con un trozo de carbón una señal en la pared. Nelson y Juan levantaron la mirada y el corazón de ambos pareció detenerse cuando se encontraron frente a frente con la figura, pero ella no podía mirarlos porque en sus cuencas no había ojos; aunque pareció dudar, después regresó a la carreta tocando la campana para indicar que habían recogido su fúnebre carga en esa casa. Nelson y Juan los vieron alejarse, se levantaron y salieron corriendo cuando estuvieron seguros de que no iban a regresar.

Se montaron en la camioneta y arrancaron sin atreverse a decir nada y aún no han podido echar el cuento de lo que les pasó aquella noche; pero la familia de Nelson sigue preguntándose por el cambio repentino del hábito de viajar de noche.



La Creencia

Desde la época de la colonia hasta principios del siglo XX, se desataban en el país epidemias que mataban a buena parte de la población y llegaban inclusive a acabar con familias y pueblos enteros en los cuales no quedaba nadie con vida.

El temor de contagio llegaba al extremo de que no había quien se encargara de aliviar a los enfermos, los cuales eran abandonados en sus casas por los familiares sanos que preferían huir. Cuando el número de muertos era muy grande, no había tiempo de enterrarlos como era debido, ni quedaba quien lo hiciera; entonces las autoridades enviaban un carretón tirado por dos mulas o dos burros para recoger los cadáveres que amanecían en las casas o calles, para enterrarlos en fosas comunes sin ningún tipo de ceremonia ni cuidado.

El carretón era manejado por un conductor con un acompañante, encargado de tocar una Campana para anunciar su paso, y de poner una marca con carbón en la pared de la casa de donde habían sacado un cadáver.

En la parte de atrás, en el pescante, iban dos ayudantes, que generalmente eran dos borrachos del pueblo a quienes la enfermedad parecía respetar, los cuales a cambio de dinero o caña clara, sacaban los cadáveres y los iban apilando de cualquier modo, sobre las tablas e inclinaban el carretón sobre la fosa abierta en el cementerio para dejar caer los cuerpos. Su trabajo terminaba al rociar cal sobre aquellos infelices. Algunas veces, al cortejo se sumaba el cura, el monaguillo o una anciana rezandera, que repetía un rosario interminable. Este carretón dejó de utilizarse cuando llegó el control sanitario y las epidemias desaparecieron.



La Sayona

Como andaban siempre juntos, la gente los llamaba los Luises: eran los primogénitos de cuatro familias; hombres jóvenes, sanos, sin problemas, y que en esta oportunidad iban en el carro de uno de ellos, de regreso del pueblo donde estuvieron pasando vacaciones, para continuar estudios en la universidad.

La carretera se iba estirando como una cinta de hule negro ante la luz de los faros del carro que manejaba Luis Simón. Estaba anocheciendo cuando decidieron parar para comer algo en una de las tantas encrucijadas de caminos que encontraron al paso, con restaurantes, tarantines y toda clase de gente a orillas de la vía y una rockola con vallenatos a todo volumen para animar a los viajeros.

Cuando terminaron de comerse las arepas, vieron a Luis Alberto hablando muy animado con una hermosa mujer madura, de piel oscura y cabellos lisos y negros que le llegaban a la cintura. Lo llamaron, se montaron los cuatro en el carro y continuaron el viaje.

Ya dentro del vehículo, le preguntaron a Luis Alberto que quién era la mujer, y éste les explicó que en realidad no sabía, que se le había acercado para pedirle que le diera la cola hasta su casa en un caserío monte adentro, donde podrían pasar los dos un buen rato, y que él simplemente, le había seguido la corriente.

- Pero tú no piensas, vale. – Le dijo Luis José - Tú no sabes quién es esa tipa, ni qué es lo que tiene planificado hacer. Mira que esa gente nunca anda sola... ¡Es qué tú tienes unos riñones!
- No, no, no. Bien lejos con el regaño ¿Qué va a tener esa tipa nada planificado? Ella lo que está buscando es una plata fácil – Respondió Luis Alberto.
- ¿Qué qué tiene planificado hacer – preguntó Luis Ramón - Buscarse un bolsa y asaltarlo, y de repente, dejarlo muerto por ahí en cualquier camino. No compadre, déjese de bromas. Mire que la situación no está para



muchachadas.

A todo esto último que le dijo su primo, Luis Alberto no respondió nada.

Unos cuantos kilómetros más adelante, se pararon a echar gasolina y a orinar; pero cuando salían del baño vieron a la mujer que se les acercaba sonriendo. Esto no les gustó: todo era muy raro, hasta ella misma, ya que tenía algo que les producía un malestar indefinible; así que agarraron a Luis Alberto y saludándola con la mano, se montaron en el carro y arrancaron.

Ya era cerca de la medianoche cuando decidieron tomarse un café y estirar un poco las piernas, y como el asunto de la mujer parecía olvidado, estacionaron frente a un restaurante de carretera frecuentado por gandoleros. La sorpresa fue mayúscula cuando regresaban al carro; el corazón de cada uno de ellos latió fuertemente porque vieron que cerca de éste estaba esperándolos la mujer muy sonreída.

¿Cómo llegó allí tan rápido? ¿Quién era? ¿Qué buscaba? Fueron algunas de las preguntas que se hicieron al verla; pero cuando abrieron las puertas del carro para montarse e irse, ella, rápidamente, sin darles tiempo a nada, se sentó en el medio del asiento de atrás, quedando entre Luis Alberto y Luis Ramón.

Sin pensarlo dos veces, éste último le pidió a Luis Simón las llaves, se bajó y abriendo la maleta del vehículo sacó algo de su maletín y se lo metió en un bolsillo del bluyín. Partieron y fue entonces cuando el joven sintió que el corazón se le iba a salir por la boca del miedo al verle las manos a la mujer: eran las de una anciana, secas, muy arrugadas y de uñas oscuras y larguísimas y no tenían nada que ver con la cara que aún lucía fresca.

Entonces comenzó a cantar en voz baja una canción infantil a la que le cambió la letra llenándola de groserías. Los otros tres primos, que no entendían lo que le pasaba a Luis Ramón, le hicieron coro mientras él observaba de reojo como las manos de la mujer se crispaban y se anudaban como un par de serpientes. Fue entonces cuando masticó las cápsulas de aceite de ajo que había sacado momentos antes del maletín y que llevaba escondidas en el bolsillo, y escupiéndolas en sus propias manos, se las frotó a los otros.



La mujer, en medio de una sarta de maldiciones desapareció del carro y cuando voltearon a verla, estaba en medio de la carretera, convertida en una anciana horrible vestida con un sayo oscuro, que los amenazaba con un dedo enorme.

- ¡Santa Madre de Dios! – Exclamó Luis José – ¿Qué varilla es ésta?
- ¡Chola a fondo, compadre, y no se pare por todos los santos – Le gritó Luis Alberto a Luis Simón que iba manejando – Y sigan cantando.

Era la sayona – Dijo Luis Ramón – Te hubiéramos encontrado mañana degollado en un pajonal, compadre.

Si, – Respondió Luis Alberto – Me salvé por un pelo. Gracias Nuestra Señora de la Candelaria. Te debo una, Virgencita.

La Creencia

La Sayona es un espíritu del mal que busca hombres jóvenes, los seduce y los degüella una vez que han tenido sexo, para quedarse con sus almas. Se cree que castiga a los mujeriegos y parranderos, y se le llama así porque se viste con un sayo como el que usaban los condenados a muerte en la época de la inquisición. Como la mayoría de los habitantes del mundo de las tinieblas, le teme al ajo y a las groserías.

Premonición

Pablo era uno de esos hombres jóvenes que tienen mucha suerte con las mujeres. Por eso no había pensado en enseriar ninguna relación; además ¿para qué?, si él creía que las mujeres sólo eran un pasatiempo. Le parecía normal que si una muchacha le gustaba, la enamoraba, tenía por unos días relaciones y antes de que la cuestión se complicara y se creara un compromiso, se alejaba y dejaba a la joven sin darle ninguna explicación, ni a ella ni a sus familiares.

En su casa, su familia no compartía esa actitud, creían que era irresponsable y dañina, en cualquier momento le iban a hacer pasar un mal rato; además, olvidaba que también él tenía hermanas y primas y no les gustaría que con ellas jugaran y las engañaran así como hacía él, de manera tan premeditada.

En una oportunidad, en la manga de coleo en las afueras de la ciudad, mientras se celebraba una competencia, vio a Ernestina y de inmediato planeó conquistarla. Un amigo común a quien él se lo pidió, los presentó y enseguida comenzó a piropearla y la fue enamorando poco a poco. Fingía encontrarse con ella en algunos sitios por casualidad; después vinieron los obsequios de poca monta, la invitación al cine y a un paseo en un hato vecino y posteriormente las visitas a la casa.

Ella sabía muy bien quién era, había muchos cuentos sobre él, pero se dejó convencer y cuando se dio cuenta ya estaba enamorada.

Sin embargo, el hermano mayor de la muchacha se dio cuenta de lo que estaba pasando y juró que su hermana no sería una más del montón de mujeres burladas por Pablo; así que estuvo vigilándolos y esperándolo a que Pablo se atreviera a meterse en su casa a dormir con su hermana para matarlo.

Finalmente Pablo convenció a Ernestina de que dejara la puerta sin llave para que él pudiera entrar sin problemas. La noche acordada salió del hato de su padre a las doce en un jeep y agarró un camino vecinal para llegar a la ciudad más pronto y sin que nadie se diera cuenta.



Al llegar a una curva, la luz de los faros alumbró a lo lejos una extraña procesión como las que se veían hacía muchos años para llevar a los enfermos o a los muertos del campo hacia los pueblos: cuatro hombres cargaban un chinchorro amarrado a dos palos, con un peso adentro. Se alumbraban con lámparas caseras de querosén y de carburo que portaban otros hombres y todos caminaban pausadamente por la carga que llevaban, avanzando dos pasos y retrocediendo uno; lo que a Pablo, que nunca había conocido algo así y que había apagado el motor para esperarlos, le parecía interminable.

Cuando pasaron por delante del jeep, ninguna de las personas que formaban el extraño cortejo levantó la vista para mirarlo: era como si él y el vehículo no estuvieran allí. Pablo sintió un escalofrío raro que le recorrió el cuerpo y se le detuvo en la nuca. Entonces, inexplicablemente decidió devolverse para el Hato donde vivía con su familia.

La misma situación se repitió por dos veces más, cuando intentó entrar en la casa de Ernestina sin ser visto: a la misma hora, en el mismo sitio y con los mismos personajes pasaba el cortejo. Pablo se quedaba quieto, aunque cada vez el miedo era mayor y por eso no se atrevía a hacer ninguna cosa, ni a preguntarles nada; pero más podía el deseo que la prudencia.

Finalmente, peleando consigo mismo, Pablo tomó valor y decidió acercarse al grupo y averiguar de qué se trataba, quiénes eran y de qué pobre ser era el cuerpo que transportaban. Esa noche, igual que las anteriores, los vio venir, apagó el carro y esperó temblando de miedo.

Era la hora justa y los vio venir a lo lejos y se preparó para hablarles. Cuando pasaban frente a él, se bajó del vehículo y temblando de frío aunque tenía puesta una gruesa chaqueta y la noche serena y oscura no traía brisa, se acercó cortándoles el paso al grupo y les preguntó quién era el que llevaban y por qué.

- Un difunto - respondió en voz baja y calmada uno de los hombres de adelante, sin levantar la cabeza para mirarlo
- No tiene mucho rato que lo mataron - Exclamó alguien desde atrás - Está fresquito.
- Lo mataron de un escopetazo en la cara - dijo una mujer, a quien Pablo no había visto antes y que le recordó a alguien familiar.



- Lo llevamos a la hacienda de sus padres – oyó que dijo otro.
- Pobre madre, pero él se lo buscó.
- Pobrecito – exclamó otra voz.
- Murió a las tres – indicó un hombre –, y Pablo pensó en lo rápido que había pasado el tiempo; pero no, tenía que haber un error, porque eran como las doce y media. Miró su reloj y se le aflojaron las piernas, porque apenas eran las doce y cuarenta minutos. Fue entonces que alguien dijo:
- Se llamaba Pablo Castillo
- ¿Qué? – gritó Pablo al oír su propio nombre y se abalanzó sobre la hamaca y la abrió. El corazón quería salirse del pecho, la cabeza le dio vueltas y finalmente se desmayó cuando vio su propia cara destrozada por el disparo del hermano de Ernestina.

Al día siguiente lo encontraron unos peones de una finca cercana, todavía tendido en el suelo, orinado del susto y jurando que no lo volvería a hacer.

■ La Creencia

Hay fenómenos que no tienen explicación racional y escapan a la lógica. Unos opinan que son producto de la intuición; otros que son fruto de la imaginación; algunos dicen que son premoniciones o que hay otra dimensión donde ocurren algunas cosas, que se entrecruza con la dimensión real y permite ver el futuro, para dar la oportunidad de no caer en la situación, y evitar de esta manera consecuencias terribles o funestas. Pero...

El brujo enamorado

En el pequeño pueblo, que parecía colgado de la falda de una montaña andina, vivía un hombre viejo y misterioso, a quien unos consideraban brujo y otros, curandero. Se llamaba Manuel, no le conocían familia, no tenía amigos, nadie sabía de dónde venía y vivía solo con sus animales.

Un buen día se había aparecido y ocupó una casa en ruinas que estaba al final del pueblo. Un muchacho lo ayudó a repararla durante un tiempo y cuando estuvo terminada, se marchó y nadie supo más nada de él.

Manuel se dedicaba en las mañanas a recorrer los campos, recogiendo hierbas, flores y raíces que después secaba en el patio y que utilizaba para preparar sus remedios. La gente del pueblo le tenía miedo y respeto; pero ante la falta de médico y la lejanía de la medicatura, acudían a él por cura y consejo.

Una vez le llevaron a una muchacha de un rancho vecino. Tenía culebrilla y una tos mal curada. Manuel la atendió, le dio unas hierbas para un té y le preparó un ungüento con grasa de oveja, pólvora y jugo de hierba mora para matar el herpes y aliviar el dolor.

- Que no se moje, ni se serene. Prepárenle un té y lo mezclan con leche y canela, que lo beba y se arrope para que sude la calentura. En la culebrilla úntenle todos los días la pomada. Tráiganla dentro de tres días.

Pero la familia de la muchacha se llevó tremenda sorpresa porque Manuel no esperó que se la llevaran, sino que se apareció en el rancho de ellos con otros remedios.

Las visitas se sucedieron varias veces, incluso no quiso aceptar nada como pago, y la familia comenzó a preocuparse por lo que esto significaba. Les parecía raro tanto interés y ante el temor de que Manuel se hubiera enamorado de ella y pretendiera robársela o hacerle algún daño con una brujería, decidieron huir del pueblo sin decirle a nadie a dónde pensaban irse, ni cuándo.

Una noche, de esas bien oscuras, se fueron a escondidas, lo más lejos que pudieron cargando sus pocas cosas. Al comienzo, en el nuevo lugar no se sentían



tan seguros; pero el tiempo pasó sin que nadie se acercara, ni ocurriera nada raro, así que se confiaron: habían comenzado a limpiar y quemar un pedazo de terreno para hacer un conuco y se pusieron a criar entre las matas del patio algunos pollos.

Un día, después del almuerzo, de repente todo pareció muy callado: no se oía ni el viento silbando entre las cañas, ni se sentían los animales con su bulla acostumbrada en el cambural. La quietud los asustó y se miraron temerosos.

- ¿Qué será lo que está pasando? Dios mío cuídanos – Rogó la madre.

De repente el lomo del perro se erizó y comenzó a gruñir a algo que nadie veía en la puerta del rancho.

- ¿Qué te pasa Sultán? ¿A quién le gruñes? Ven, para acá – Lo llamó el padre, buscando con la mirada alerta y con miedo al causante de ese raro comportamiento del animal, que era muy manso.

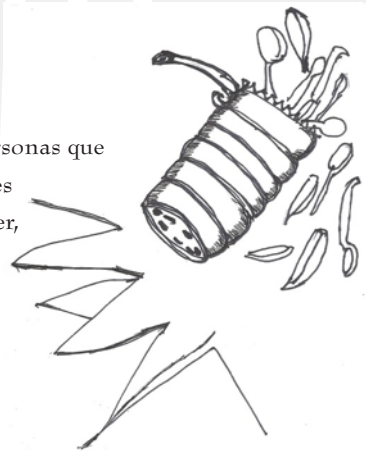
Los demás esperaban sin abrir la boca, cuando nadie supo de dónde, en el medio de la salita, cayó el cucharero que habían dejado en el otro rancho, esparciéndose su contenido por todas partes en el suelo de tierra apisonada, y de inmediato se oyó la vez del brujo Manuel:

- Aquí vengo, aunque sin ser invitado, a traer el cucharon que dejaron olvidado.

En ese momento comprendieron todos lo inútil de la huida, porque el brujo con sus poderes siempre los encontraría donde fueran.

■ La Creencia

La gente del pueblo le atribuye a algunas personas que parecen misteriosas, cualidades y capacidades que les dan poder sobre los demás. Este poder, causa temor por el daño que, se piensa, pueden hacer.



Con razón el hotel es tan económico

Había llegado la época de vacaciones y lo mejor de todo era, que la familia completa podría ir de viaje a Mérida y los páramos, ya que siempre había sido algo difícil que todos coincidiéramos en la fecha; y además, no queríamos perder el paquete turístico ya que nos habían dado una extraordinaria rebaja.

El viaje lo hicimos sin contratiempos visitando las plazas y los parques de rigor hasta que enfilamos hacia los páramos merideños con la promesa del chocolate caliente, unas deliciosas truchas ahumadas y los paseos a caballo que, según el paquete turístico, eran lo mejor del mundo y ... ¡a ese precio!.



Al anochecer, cansados ya, mi esposo, mi hermana y yo nos preparamos para dormir y acomodamos primero a las niñas en las camas para que los adultos pudiéramos descansar mejor hasta que éstas quisieron ir al baño, tomar agua, saltar en las camas, volver al baño y un largo etcétera que se sumó al cansancio de los adultos... Por fin se durmieron y reinaba la tranquilidad; afuera comenzó una ligera nevada así que la noche prometía ser bastante fría.

De repente, sentí ruidos en el baño y la luz, que yo juraba haber apagado, estaba prendida, me volteé para ver qué pasaba y la cuenta no me daba: si mis dos hijas estaban en su cama y mi esposo y yo en la otra... ¿quién estaba en el baño apagando y prendiendo la luz y jugando con el agua?

Molesta me levanté y de nuevo apagué la luz del baño y me acosté, cuando al rato, se repitió la situación con la luz y el ruido del agua. En ese momento sentí que tumbaban la puerta del cuarto por lo que fui a ver qué pasaba. Mi hermana, con su hijo tomado de la mano y algo temblorosa me contó que tuvo un extraño sueño, en el cual, un viejecillo cerca de su cama le decía que se marchara, y como ella no despertó, el viejecillo comenzó a ahorcarla hasta medio asfixiarla con lo que logró que abriera los ojos y se diera cuenta de que no era un sueño porque algo le estaba apretando el cuello; además, su hijo tenía algunos mordidas en sus bracitos; así que no lo pensó dos veces y nos echó la puerta abajo decidida a dormir con nosotros pese al poco espacio. No le comenté nada respecto de lo ocurrido en el baño y mucho menos, de las marcas enrojecidas en su cuello.

Bien entrada la madrugada, las niñas quisieron ir al baño y como tardaban bastante en volver a la cama, las llamé para que se acostaran de una buena vez pero ellas no quisieron porque y que estaban jugando con un niño. Como las regañé y las acosté, la luz del baño se encendía y se apagaba constantemente, además, había mucho ruido con el agua. Creo que el niño se molestó porque mandé a dormir a sus nuevas amiguitas.

En la mañana, las mujeres estábamos ojerasas y muy cansadas, tanto, que después del desayuno no queríamos montar a caballo así que decidimos dar un breve paseo por el jardín del hotel, una vez que nos pusimos los abrigos, las bufandas y los guantes. Nuestra poca disposición a pasear extrañó a mi esposo, quien había dormido toda la noche a pierna suelta y roncando; por eso le comentamos los sucesos de la noche anterior para que comprendiera la razón de nuestro cansancio.

- ¡Pero yo no sentí nada! -exclamó mi esposo.
- Claro, tú no sientes ni un terremoto - le respondió mi hermana muy brava, mientras yo comentaba, que con razón el hotel era tan económico que daba risa el costo de la noche y el desayuno... Aunque pensándolo bien: deberían cobrar por asustar a los clientes o incluirlo en el paquete turístico.



■ La Creencia

En algunos pueblos y ciudades dicen que en los hoteles, posadas y casa viejas, habitan los fantasmas de quienes un día vivieron en esos lugares y por razones desconocidas, se niegan a abandonarlos.

Por eso, pueden ser vistos paseando por jardines y pasillos o asomándose a las ventanas para ver a quienes llegan de visita o visitándolos en sus habitaciones, perturbando su tranquilidad o jugando con los niños, que pareciera que tienen el don de verlos.

Un raro aleteo ...

Los vecinos despertaron aterrados al escuchar los gritos en la madrugada y esto no auguraba nada bueno. Al día siguiente todos querían saber qué había ocurrido pero nadie sabía nada hasta que, poco a poco, la noticia fue recorriendo los pisos del edificio y todos la comentaban.

En la madrugada, la chica del piso 12, quien siempre se acostaba tarde por aquello de estudiar hasta altas horas de la noche, sintió que alguien, en su cuarto, la observaba pero... ¿en el piso 12?

Cansada, se acostó a dormir y durante la duermevela volvió a sentir aquello tan raro, pero, agotada como estaba no prestó atención porque la esperaba una dura jornada al día siguiente con los exámenes en la universidad. Luego sintió unos ruidos como de un aleteo y pensó que eran las palomas que volvían a su nido en la ventana, hasta que escuchó unos susurros.

Asustada volvió la mirada hacia la ventana de su cuarto que no tenía ni rejas ni cortinas y ahí la vio, suspendida en el aire, como una araña colgando de un hilo invisible de su seda, mirándola fijamente y moviendo los labios diciendo algo inaudible. Parecía flotar ignorando la ley de gravedad y en su rostro, muy envejecido, había una extraña mueca, le pareció que se reía hasta que abrió la boca como en un largo bostezo y su cabeza giró por completo.

Olvidó lo que siempre recomendaba la viejita del décimo a quien todos tomaban por loca dada su avanzada edad: “recuerda que si ves a la bruja, quítate las pantaletas, ponlas al revés y muéstraselas para que se vaya y no vuelva a molestarte” y lo único que pudo hacer fue gritar aterrada hasta que todo el edificio despertó.

- En estas noches he escuchado un raro aleteo cerca del aire acondicionado de mi cuarto, acompañado como de unos susurros, pero, recordando los gritos de la vecina y la recomendación de la anciana del décimo, no me asomo a ver qué hay ahí, ni que me paguen por ello; pero por si acaso, debajo de la almohada guardo una pantaleta...





La Creencia

En el centro de Maracay y en zonas aledañas, corre una antigua conseja según la cual, los edificios altos son visitados en la noche por una bruja que parece desafiar la fuerza de gravedad, quienes la han visto dicen que vuela y que trepa por las paredes de las edificaciones semejante a una araña.

Al parecer, se reconoce su presencia por el sonido que produce parecido al aleteo de algunas aves que viene acompañado por susurros aunque nadie sabe qué es lo que pronuncia; se dice que al mostrarle una ropa interior sucia y al revés, la bruja se aleja y no vuelve más a ese lugar.

¿Qué pasó durante las vacaciones?

Estábamos de regreso de nuestras vacaciones en Colombia, emocionados por el recorrido: Cartagena de Indias y Santa Fe de Bogotá, una, antigua y amurallada, y la otra señorial. ¡¡ Cuánto colorido y cuánto café; cuánto azul y cuánto verde !!!

Ya de regreso al país, antes de llegar a casa se me ocurrió llamar y preguntarle al Sr. Pancho, el viejito vigilante que nos cuidaba la casa cada vez que nos ausentábamos y que, sobre todo, quedaba encargado de darle comida a las mascotas, unas gatas recogidas de la calle, para preguntarle cómo estaba todo por allá. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, algo amoscado, me dijo que no había podido entrar a la casa porque yo le había pasado la llave de seguridad a la puerta principal y, justamente, esa llave él no la tenía. Así que ni modo, nunca pudo entrar a revisar, a prender y apagar las luces, ni a ponerle comida a las gatas.

Extrañada oí su explicación. Lo comenté con mi familia pensando en eso de la llave de seguridad porque rara vez la pasábamos y nunca la poníamos en manos extrañas. “- ¿qué habría ocurrido?” - Nos preguntamos. - “Bueno, en cuanto estemos en casa aclararemos la situación” - Dijo mamá - “vamos a tranquilizarnos”. Eso sí, mi abuela y una tía se reían por lo bajo ¿habrían sido ellas quienes pasaron la llave y no nos dijeron nada? Será cuestión de edad... El alemán como diría José ... ¿Pero de dónde la sacaron, las señoras esas, cuando sólo los tres llaveros principales las tenían y esos estaban bien guardados con nosotros ?

Con las dudas y la preocupación por nuestras mascotas, ya por fin en casa, me dispuse a abrir la puerta y ... ¡oh sorpresa! No tiene problemas, al contrario, la puerta principal de la casa tenía, apenas, una llave pasada. ¿Y por qué aquellas se volvían a reír por lo bajo? ¿Qué se traían entre manos?

Cuando se lo comenté al Sr. Pancho, éste se amoscó aún más y tuve que demostrarle que no había problemas con la llave ni con las cerraduras. Más aún, le pedí que abriera la reja y la puerta de madera y ambas lo hicieron con facilidad. El Sr. Pancho con cara de no entender nada, se fue después de revisar conmigo



la casa y de contar hasta la última gata, - “Todo en orden” - me dijo antes de irse. Mi familia lo atribuyó a sus 70 años: - “que ya el viejo no está pa’ eso” - murmuró papá.

Fue entonces cuando alcancé a escuchar a mi abuela decir:

- No entiendo por qué tanto zaperoco, ni tanta preocupación. Total, yo le pedí a mis *Orichas Guerreros* que cuidaran de nuestro hogar durante mi ausencia; así que ¿en qué cabeza cabe que ese viejito iba a poder entrar en la casa? *Mis Guerreros* nunca lo permiten, pero en esta familia, esta gente de hoy día no entiende nada de eso.

Después oímos a la tía, decirle:

- Te crees tú eso, mamá. Yo se la encargué a las Ánimas Benditas del Purgatorio. Y ya les voy a prender su vela para cumplirle porque sino esta noche en esta casa no duerme nadie.



Y así es, cada vez que nos vamos de viaje, mi abuela encomienda la casa a sus *Orichas Guerreros* y santo remedio, y la tía a sus Ánimas Benditas del Purgatorio y santo remedio, y después paga con velas el favor, aunque mi mamá no deja de darle la llave al Sr. Pancho. “- por si acaso” - Como dice ella - “Seguro mató a confiado y en este bote cabemos todos, hasta Sai Baba, que es el guía de José”.

■ La Creencia

En amplios sectores del pueblo venezolano está arraigada la fe hacia las Ánimas Benditas del Purgatorio como protectoras de las personas y las casas; pero la devoción implica que cada lunes se debe pagar el favor con el encendido de una vela. Cuando no se les cumplen, dicen que molestan a las personas y no las dejan dormir. En el caso de los Orichas Guerreros, quien los recibe después de la ceremonia, debe presentarles su hogar y pedirle que siempre lo protejan. Ellos, de acuerdo con los entendidos, siempre cumplirán su promesa de resguardar el hogar y a quien en él se encuentre.

La puerta

- ¿Qué te pasó? ¡No terminaste el trabajo! ¡Hiciste un chiquero con la pintura! Y estás aquí afuera con la cara verde... ¿Esperando qué? –Le preguntó la tía Pepa Loca al Paco.

- ¡Qué tú llegaras! – Respondió el muchacho.

- Ya llegué... ¿Y ahora? ¿Dime qué te pasó? Porque carrizo, me debes una explicación de ese desastre que has hecho.

- Bueno... Fue que me aparté para ver cómo estaba quedando la pintura en la pared y sentí ese frío que aparece a veces en el pasillo. Fue cuando oí una voz que me decía: *“Trabajas muy bien. Sigue haciéndolo así. Estás haciendo un buen trabajo.”* Al voltearme no vi a nadie y la puerta de la calle estaba cerrada. Salí corriendo del susto y tropecé con la lata de pintura.

- Tranquilo, tranquilo. Te estás imaginando cosas. Eso te pasa por ver hasta bien tarde esas películas de vampiro. Tu mamá se va a poner bien brava con el desastre.

“El pazguato ese tenía que ser. Ahora vendrá el par de locas, la tía y la madre, y pasarán toda la tarde y que limpiando, prendiendo sahumerios y echando litros de kerosene en el patio. ¡Es que me enferman! ¡No las soporto! Y ese olor a kerosene y a creolina ¡Qué desagradable!”

- ¿Qué querían ustedes qué hiciera. Me salió la muerta.

“No te salí, chico. Vivo aquí con ustedes. Tengo años aquí encerrada en esta casa de locos. Parece un manicomio. Lo que pasa es que ninguno tiene percepción: si me mezo en el mecedor, dicen que es una corriente de aire o la brisa que sopla de no sé dónde. Si reviso los papeles, los periódicos viejos, son los ratones otra vez y sale la loca mayor a poner una trampa con ese queso podría que tiene años en la nevera. ¡Ni que los ratones fueran imbéciles! Si muevo algún traste en la cocina, son los gatos en el techo enamorándose”



- Los muertos no salen. ¿Cómo van a salir si los meten en un cajón con la tapa bien cerrada y les ponen encima una placa de concreto y más arriba, cemento?
- Todo el mundo sabe, tía, que aquí pasan cosas raras. De repente se siente frío, hay celajes y se ve a una mujer frente a la ventana de la calle o recostada en el pilar del patio. A veces estoy acostado y me quitan las sábanas y siento ese frío, gélido diría yo.

- No entiendo eso. ¡Tonterías! Además, de dónde puede haber salido ese fantasma, si aquí no se ha muerto nadie.

"Cierto no se ha muerto nadie y yo sigo esperando que alguien estire la pata en esta casa, para dejarlo en mi lugar e irme hacia la luz y descansar para siempre"

- Como sea: solo no me quedo más en esta casa.
- ¿Y para dónde te vas a ir? Aquí no hay fantasmas. No dejes que te asusten las bromas de las muchachas. Aquí no hay fantasmas.

"Como qué no, y... ¿yo qué soy? Te estás haciendo la que no sabe: tú y tu hermana me han visto y más de una vez. Ustedes con su irresponsabilidad, abrieron una "puerta" hace muchos años, cuando compraron esta casa y alguien les dijo en broma que en el patio había un entierro con morocotas y joyas desde la época de la colonia y que estaba reservado para ustedes, que eran la nueva familia; que por eso nadie lo había encontrado. Se buscaron una ouija y una noche cavaron en el patio un enorme hueco, donde la ouija les dijo que estaba pero como no apareció nada, lo volvieron a cerrar y no se dieron cuenta de lo que habían hecho de puras ignorante"

- A menos que... Pero no puede ser... Lo cerramos enseguida y hemos limpiado tantas veces – Se dijo a sí misma la tía Pepa Loca.

"Pues si es. Yo me acababa de morir y estaba buscando el túnel con la luz para pasar al otro lado y me equivoqué. Quise devolverme y las fuerzas oscuras no me dejaron y salí acá. Esa locura que está en tus genes, salió conmigo y se les instaló en el vientre y allí estará hasta la cuarta generación, hasta que nazcan los nietos del pazguato. Serán los últimos locos de la familia, y como me siento liberada por lo que te acabo de decir, porque sé que tú me oíste, te voy a recitar una copla:



*Para todo mal,
sirve un buen vaso de ron.*

*Para todo bien,
también.*

*Y para remedio,
litro y medio"*



La Creencia

En la época de la colonia, como no había bancos, la gente de dinero enterraba sus bienes. Muchos mataban al esclavo que abría el hueco para que no se descubriese dónde estaba y lo enterraban allí mismo. Se decía que ese espíritu era el que aparecía señalando el lugar a quien él quisiera dárselo; pero había que liberarlo con otra muerte.

Otro aspecto relacionado con esta creencia es la de los portales al más allá que se abren al jugar con la Ouija o utilizar algún procedimiento para invocar a quienes ya no están con nosotros, se dice que al abrir estos portales pueden ingresar a este plano, energías negativas, demonios, almas perdidas, etc.

La bruja tiene su corazoncito

En la casa éramos ocho hermanos, varones todos. Habíamos llegado al mundo en rápida sucesión, mientras mis padres, agricultores del lugar, buscaban una hija. Todos llevábamos como primer nombre el del abuelo: Pedro, el cual se acompañaba con Luis, José, Juan, Ramón, Carlos, Ernesto, Manuel y David, si mal no recuerdo.

Dormíamos en el mismo cuarto todos y todos trabajábamos el campo. Un buen día, cuando aún no había amanecido, mientras mamá servía el café con pan casero y cuajada, nuestro desayuno antes de irnos al campo, se quedó viendo fijamente a uno de nosotros. Lo examinó de cerca y se dio cuenta de que tenía unas marcas rojas, como chupones en el cuello, que se veían por la camisa. Se la abrió y descubrió otros en el pecho y en la espalda.

- Dios mío ¿Qué es esto? – Exclamó horrorizada - ¿Quién te hizo eso? ¿Con cuál vagabunda, bandida, has estado tú? ¿Y cuándo? Mira a ver si esa mujer, te pega una mala enfermedad. Te lo advierto: ¡qué no sea una mujer casada! Porque vas a tener problemas conmigo.
- No, mamá – Exclamó el aludido - Con nadie. Los muchachos te lo pueden decir; además ... ¿Con qué plata? Ni usted, ni mi papá aflojan nada.

Una vez sola, mamá registró el cuarto de arriba a abajo, la ropa, el patio; todo y no encontró nada. Durante varios días aparecieron los chupones en el cuello, el pecho y la espalda de mi hermano; pero ninguno de nosotros, quienes dormíamos en el mismo cuarto, había sentido, olido, ni visto nada. ¡Total misterio!

Entre asustada y preocupada, mamá habló con la vecina más cercana y ambas se fueron donde una curiosa, a quien le explicó lo que estaba pasando. La mujer, revolvió en un canasto de yerbas secas, sacó un puñado y se lo dio.

- Debe ser una bruja que se enamoró de tu muchacho y se lo está chupando - Le dijo - Con estas yerbas vas a hacer un cocimiento y lo bañas durante siete días en la noche antes de acostarse; cabeza y todo; pero tienes que evitar que ella entre en tu casa y o al cuarto en forma de mariposa negra, gato o



pájaro negro. Vas a poner en la puerta del cuarto de ellos y en la ventana, por dentro, un calzón de él, sucio y una penca de sábila. En las entradas de la casa, pones una cruz de palma bendita. Vas a tener que hacer una limpia: durante siete días lavas el piso con agua de azulillo y humea todo con una perola dónde vas a quemar sobre carbones nuevos, cinco especias dulces y unas hojas de naranja.

- ¿A qué llamas tú, especies dulces? - Preguntó mamá.
- Canela, guayabita, clavo dulce, anís, del estrellado y del otro. Aprovecha que el sábado hay mercado, y compras todo lo necesario. Ya vas a ver, que la tipa se va. La consulta y las yerbas son un fuerte y dos lochas pa' el trago de caña clara del muerto. Tienes que pagarme para que resulte el trabajo. Acostúmbrese a limpiar de vez en cuando con kerosene y creolina. Eso hay que hacerlo cuando se tienen hijos varones. Sería bueno que los santiguaras a todos. Yo te puedo hacer ese trabajo también.

Mamá pagó y se despidió. Hizo todo lo que la curiosa le indicó y los chupones no volvieron a aparecer sobre mi hermano.

La Creencia

A brujerías, daños echados, mal de ojos, entre otros, se les combate con una limpieza hecha durante ciertos días ayudada con rezos y una santiguada por personas especialistas. Se acostumbra hacerlo, incluso, como medida de protección.



La cobardía del inglés

Se llamaba Alexander “con x que suene”, decía él cuando se presentaba pero todos lo conocían como “el Inglés” por la forma de hablar el español, pese a los años que tenía en el país. Era alto, flaco, de piel oscura, cabellos lisos y facciones delicadas y muy buen mecánico de automóviles. Vino de Trinidad y aquí se casó con Aminta, quien además de parir cada año, aprendió a guisar los cangrejos azules y el quimbombó al estilo de la isla en salsas fragantes y era la que se ocupaba del cobro de los arreglos de los autos y de llevar bien ordenados la casa y el taller y dirigir a los ayudantes.

Un mal día, Aminta enfermó y murió y lo dejó con un montón de carricitos y una profunda tristeza. Su pena por la pérdida de su compañera duraba ya mucho tiempo, durante el cual descuidó el taller mecánico y perdió parte de su clientela; dejó que los ayudantes hicieran lo que les daba la gana y los muchachitos andaran por su cuenta.

El Inglés comenzó a beber y en medio de sus borracheras le pedía a la muerte que se lo llevara a él también porque no podía vivir sin su mujer.

- ¡Muerte, tú venir y llevarme a mí! - Gritaba - No querer mí seguir viviendo. Pelona, llegar esta noche y llevar a yo.

Un día temprano en la mañana, la muerte vino a buscarlo porque su tiempo de vida se había cumplido:

- Toc, Toc, Toc... Oyó el Inglés que tocaban a la puerta de su casa.
- ¿Quién ser? ¿Quién molestar tan temprano en esta casa de gente decente?
- Preguntó el Inglés desde el chinchorro.
- Soy la muerte. Vengo a llevarte conmigo. Tu tiempo aquí en la tierra se acabó - Respondió la mujer envuelta en un hábito oscuro.
- ¿Quién decir que ser? - Volvió el Inglés a preguntar - Mí no escuchar bien.
¿Quién ser tú?



- La muerte. Me has estado llamando desde hace tiempo; pues bien, aquí estoy. Vine por ti o es acaso que no eres Alexander “con x que suene”, el que llaman el Inglés – Le respondió la muerte impacientándose – No me hagas perder tiempo. Tengo mucho trabajo; debo recoger a otros después de ti. ¡Vamos! ¡Apúrate!
- No, No, No. Tú estar equivocada por completo, señora Muerte. Mí no ser Alexander “con x que suene”, el Inglés. Yo no vivir más aquí desde hace tiempo. Yo mudarme; mí irse lejos. Tú buscar señora Muerte, más allá. Tú ir y preguntar en otras casas. Mí no estar más aquí – le respondió el Inglés muy asustado.

Ante la broma tan ingenua, la muerte lanzó una carcajada y se retiró agarrándose las tripas de tanto reírse.

Dicen las rezanderas de la calle Perro Seco, cerca del mercado libre, que en el Hospital Patricio Alcalá dejaron de morirse los enfermos, pero tampoco se curaban ante el desespero de todos, y ellas no tenían trabajo porque la muerte se echaba a reír a carcajadas cada vez que se acordaba de Alexander “con x que suene”, el Inglés, ya que una muerte feliz no se lleva ningún alma.

La Creencia

En el país se piensa que hay frases que no se deben decir como las maldiciones porque se atrae la mala suerte o cosas negativas, tampoco se debe invocar a espíritus o a la muerte porque pueden aparecerse. El refranero popular es sabio cuando afirma: “no es lo mismo llamar al Diablo, que verlo llegar”.



Anuncios

Era noche cerrada. Sin luna, sin luceros. Las calles vacías en la ciudad dormida junto al mar. Total oscuridad. Sólo se oía el rumor de las aguas espesas del río y el sonido de los pasos en solitario de Juan de Dios, que como todos los viernes, harto de cerveza y de conversaciones con los borrachos de turno en el Bar El Dollar, atravesaba la zona del puerto para alcanzar el puente, cruzaba al otro lado e iba a dormir lo que quedaba de la madrugada en la casa de su madre, quien lo esperaba con la puerta entreabierta y un jarro de café.

Sus pasos inseguros se detuvieron en seco en la cabecera del puente; sus manos tantearon el muro de concreto y lograron aferrarse a un saliente para no caerse porque las piernas no le obedecían. El corazón le latía apresuradamente y parecía que la sangre se le agolpaba en la cabeza, produciéndole dolor con cada pulsación. Trataba de enfocar los ojos borrosos por el alcohol, sobre una figura acodada en la baranda derecha en el centro del puente. Inmóvil y vestido como un militar antiguo. Lo que fuera había producido una sensación incontrolable de terror en Juan de Dios.

- ¡Protégeme, Virgencita! Mira, Vallita, si me sacas con bien de ésta, no vuelvo a beber más nunca. Te lo juro por mi madre que me está esperando con el café.

Fue en ese instante cuando la figura se dio vuelta y Juan de Dios vio el agujero todavía sangrante de un tiro en la frente, redondo y oscuro; con una mancha que iba bajando por la nariz y empapaba de rojo la chaqueta azul, donde se podían ver otros dos tiros. Tenía una sonrisa triste y le extendió una mano.

- María Santísima... - Exclamó - ¿Qué es esto? ¡Ave María Purísima!.
- ¡Sin pecado concebida! - Pareció oír que el otro le respondía.

En ese momento supo quién era, pero aún así el miedo le atenazaba la garganta.

- ¿Y cómo hago para cruzar ahora el puente y llegar a mi casa? - Se dijo; pero la figura no se movió.



Juan de Dios sintió que habían pasado horas y un sudor helado le corría por la espalda; pero no se atrevía a moverse, hasta que el otro se volteó y le dio la espalda. Fue entonces cuando echó a correr con todo lo que le daban sus piernas. Tropezó y cayó y se levantó varias veces. El puente le pareció larguísimo hasta que finalmente llegó al otro lado. Pero no se detuvo hasta que no llegó a la casa de su madre y empujó la puerta salvadora para entrar.

- Le contó a su madre lo que le había pasado. La señora Petra, que así se llamaba, se persignó y exclamó:
- ¡Muchacho! ¿No será que te imaginaste todo eso por la borrachera que cargas? ¡qué falta de respeto! Meterte con Sucre. Tómate tu café y anda a recostarte.
- - No, Estoy bien seguro de lo que vi. Qué buena broma contigo; ¿Así que no me crees? Yo lo vi de cerca. Era él con su uniforme azul y blanco del Ejército Libertador. Yo sé que era él.
- - Termina. Si hubiera sido Antonio José de Sucre, no le hubiera salido a un borracho como tú. Aunque... Bueno. Dicen que él aparece en ese lugar mirando el río cuando va a haber una tragedia en Cumaná. La última vez fue cuando el desembarco de El Falke. Allí hubo una mortandad grande. Murieron todos esos jóvenes estudiantes. ¿Qué nos irá a pasar ahora para que el Gran Mariscal de Ayacucho se haya aparecido? ¡Qué Dios guarde tu ciudad, Antonio José!
- ¡Por Diosito querido era él! Te lo puedo jurar, vieja.

Juan de Dios se fue a dormir su borrachera y su susto, y a las 7:15 a.m. el remezón de las paredes de bahareque de la casa, del techo de tejas que rodaban y la voz de un soldado desde el castillo de San Ramón de la Eminencia unida a los gritos de los presos heridos enterrados bajo las moles de piedra, le anunciaban a la ciudad que despertaba, que estaba ocurriendo un terremoto.

■ La Creencia

En Cumaná, los viejos dicen que el Mariscal de Ayacucho aparece en el puente Guzmán Blanco cada vez que la ciudad va a enfrentarse a una calamidad.

Desde ese puente, este hijo preclaro de la ciudad terremotera, enfundado en su vistoso uniforme, mira con tristeza las aguas mansas del río Manzanares.



El portal

Entre el humo del cafecito recién colado y las confidencias de última hora antes de su viaje, me contó lo que había estado dando vueltas en su cabeza; era una idea extraña y perturbadora pero tenía la certeza de esa verdad aunque no la palpara.

Todo comenzó, – me dijo – con esas historias de fantasmas, aparecidos y morocotas enterradas.

Sí, lo sé – respondí – en la casa de mis viejos también se tejió una historia parecida. Es más, se decía que el fantasma que cuida el entierro lo que busca es un alma que se quede en su lugar para él descansar lo que le queda de la eternidad ¡qué cosas! ¿no?

Sí, parte de la historia es esa. Según me contaron porque yo estaba pequeña y mis recuerdos son pocos y nebulosos, a mi madre se le metió en la cabeza que esos ruidos raros no eran de la casa envejecida sino de un fantasma cuidando un entierro ... Imagínate, una casa tan vieja como la de mi mamá, que también fue la casa de mis abuelos ...

En fin, a mi madre, ya sabes, Maíta como le decíamos, se le metió esa idea en la cabeza y no se echó para atrás; con una amiga consultó un vidente quien le confirmó el asunto; que sí, que había un entierro de joyas y mucho dinero en algún rincón de la casa; que era del primer dueño de la casa y que ese hombre había matado al amigo leal que le había ayudado a enterrar las cosas para que no lo traicionara más tarde; que sí, que el fantasma de ese hombre leal vagaba en la casa y estaba muy cansado; que sí, que si se descubría en donde estaba el entierro, el fantasma descansaría y los nuevos dueños tendrían esa fortuna en sus manos.

Se quedó pensativa un largo rato, y con la nueva taza de café continuó el relato:

Desde entonces, Maíta no fue la misma hasta que el Alzheimer le ganó la batalla a su cerebro. No...Comenzó derrumbando paredes y haciendo huecos en el



patio, en la cocina, en la sala, en los cuartos, destrozo tras destrozo en busca del famoso entierro. Y, claro, nada de nada; pero ni una chapita de refresco aplastada, de esas con que hacíamos los gurrufíos. A Maíta se le ocurrió consultar la ouija, ¿te imaginas?, ¡¡¡la ouija, nada más y nada menos!!! Con eso no se juega; yo no creo en esas cosas, pero ...

por si acaso...

Huuuummm, no sé amiga - le respondo - yo he escuchado decir que la ouija es muy peligrosa porque si se hace contacto con el más allá es porque se abrió un portal por donde salen los espíritus y ese portal se tiene que cerrar después ... ¿te imaginas si algo de eso que sale del más allá, se queda en el más acá? - le comento para quitarle un poco de seriedad al asunto.

Bueno, bueno. Eso mismo fue. Consultó con la famosa ouija, ella y esa amiga se pusieron en eso ... no sé, se me pone la carne de gallina. En fin, el fantasma y que les dijo que ese entierro no era para ninguna de ellas y que, en todo caso, si lo querían alguna de ellas tendría que quedarse en su lugar. Por supuesto que salieron despavoridas; y del tiro, al salir corriendo, voltearon la mesa en donde estaba la tabla de la ouija, la cual se cayó y se partió

Ajá, supongo que del susto. Es más, te apuesto el almuerzo a que tu Maíta y su amiga, dejaron eso así y ni siquiera cerraron el portal ¿verdad?

Creo que fue eso porque fíjate lo que pasó después, la amiga se volvió loca y que veía una sombra que la miraba todo el tiempo, unos ojos enormes y llenos de maldad; Maíta también perdió la cordura y decidió poner fin a su vida en aquella tormenta, ¿te acuerdas? Esa en la que se cayeron algunos árboles arriba y no podíamos cruzar.

Si, es verdad. Estuvimos tres días sin poder salir porque la corriente de barro era muy grande y los árboles caídos no nos dejaban cruzar; fue bárbara esa tormenta. Nada de salir.

Bueno... Pensé que todo quedaría así, que se había acabado; pero no, después que mi hermano y yo reconstruimos la casa a mi hermana mayor se le antojó buscar el famoso entierro con el cuento de que el fantasma había dicho que ese entierro no era para nuestra madre pero que no dijo



nada de los hijos... Buscó y buscó y nada. Cuando murió, la iban a enterrar con la cabeza hacia la puerta y alguien se dio cuenta de que la posición no era la correcta. Hubo que sacar la urna y voltearla porque los pies deben ir adelante para esperar le Segunda Llegada del Mesías y resucitar... No sé... fíjate todo lo que ha pasado, mi sobrina casada con un drogadicto que le da mala vida y mi otra sobrina ... ahora es el fantasma de mamá el que se aparece, tan entrometida como lo fue en vida; vigila, mueve cosas, discute con el de la amiga. Yo tengo mucho miedo...

Ahora, pensando en esa conversación y con mi amiga viviendo en otra latitud, creo que desde ese entonces, la locura acecha a su familia desde los más inesperados rincones... qué cosas ¿no?

La Creencia

Todavía, hoy en día, se consiguen algunos entierros y la conseja popular cuenta que esos entierros, con morocotas y joyas, están custodiados por algún espíritu que "decide" a quien dejarle el entierro o tesoro y por eso, se le aparece a la persona elegida. Sin embargo, si ese entierro lo consigue otra persona o el espíritu custodio se molesta, grandes males sobrevendrán a la familia por muchas generaciones...



Recogiendo los Pasos

Acabábamos de llegar a casa para pasar las vacaciones escolares. Mientras nos desayunábamos, mamá nos dio uno de sus “partes de guerra” con los cuales nos esperaba siempre que regresábamos de la universidad: “se bañan, se visten de limpio y se van a la casa de sus madrinas. Doña Antoñica se está muriendo”.

- ¿Desde cuándo? ¿Y qué le dio a la pobre vieja? – Preguntamos todos juntos.
- No tiene ninguna enfermedad. Es la vejez, creemos... Agarró cama de la noche a la mañana. Sigue acostada, no come, ni nada y los médicos no saben qué es, ni qué hacerle.
- ¿Y cómo es eso de que sigue viva?
- Eso es lo extraño: nadie sabe por qué. Sólo tiene un resuello. Algunas veces abre los ojos y conversa con gente que murió hace tiempo. Es como si estuvieran allí. Se ríe y todo y algunas veces las regaña. Esas mujeres, las hijas, han hecho de todo para que muera y descansen pero nada. Sigue igual.
- ¿Y el Dr. Julián, qué dice?
- Nada. Es que nadie sabe qué hacer. ¿Por qué no termina de morirse para que todos descansen? Apenas si se le siente el pulso y como es el pellejo sobre la piel da lástima ponerle suero. A veces le dan un poquito tomado. Apenas si respira pero no se termina de ir y esas mujeres ya están muy cansadas, casi no duermen, vigilando a la madre.
- ¡Tronco e' broma!
- Si. Alguien les dijo que no se moriría hasta que no viera a un familiar que no ha venido a visitarla. Así que han sacado de esos campos, a cuanto primo tienen, los han traído a la ciudad... pero nada. Pensaron que podía ser alguien cercano como tres hijos que murieron pequeños de sarampión, unos hermanos que los mató el paludismo o a su madre, a quien se la llevó una crecida de río y a quien no encontraron nunca. Esa señora era la partera del



pueblo y estaba preñada cuando ocurrió. Así que desenterraron los huesos que pudieron y los trajeron al cementerio de acá... Pero nada. Sigue igual.

Hicimos lo que mamá nos pidió y cuando estábamos allá, parados los tres en la puerta del cuarto, entre asombrados y asustados, abrió los ojos y preguntó por mamá y a continuación dijo "Ayer estuve allá en la casa de ustedes. Como María Luisa tenía un cerro de ropa remojada, me ofrecí a ayudarla a planchar pero no me dejó. Cuando me venía, le dije que el cubrecama que tenía puesto en su cama era bien feo. Que lo quitara y lo botara o se lo diera a alguien", cerró los ojos y no se movió más.

Regresamos y no podíamos creer lo que vimos en nuestra casa: el montón de ropa sin planchar y el cubrecama de esos que traían de contrabando de Margarita. Doña Antonica murió semanas después en el mismo día en que quedó viuda treinta años antes ¿Coincidencia? ¡Cómo saberlo!

■ La Creencia

A ese fenómeno de hablar con familiares fallecidos mientras se está agonizando o ir a algunos sitios mentalmente, se le conoce como "Recoger los Pasos".

Se sabe que ese fenómeno lo produce el cerebro, el inconsciente, que trae a la memoria a los que ya no están, en un intento de facilitar la muerte.



La vela de La Candelaria

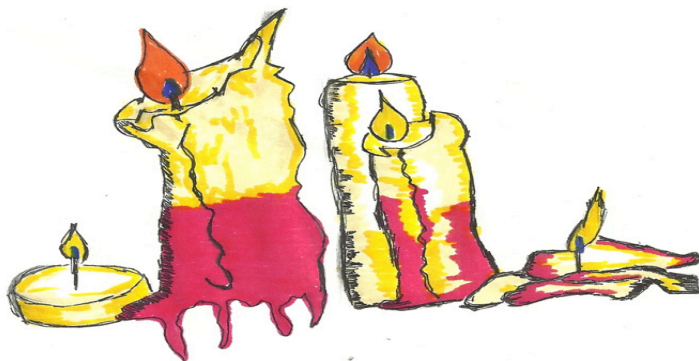
- “Las Tres Marías”...
- ¿Así se llamaba la casa, no? A veces paso por allí y siento tristeza...
- Sí, igual nos pasa a todos. Eran tres hermanas, ancianas, maestras de cuando El Mácaro egresaba docentes rurales en dos años. Tres mujeres viviendo solas en esa casa inmensa, despoblada después de tener tanta gente; cada una en su habitación: una solterona, que no se casó porque descubrió que el novio tenía una mujer con unos hijos; una viuda que parió postmortem del marido quien se ahogó en un remolino del río, y una divorciada. Cada una crió un muchacho: dos adoptados como Dios manda, y uno parido durante tres días.
- Las conociste bien.
- Si, por muchos años visité esa casa. Me gustaba oírles sus cuentos. Eran mujeres muy alegres. Las acompañé en ocasiones tristes y, también algunas felices. Les gustaba la cerveza y la carne. Tenían una imagen de San Antonio cabeza abajo, para que las sobrinas encontraran maridos.
- He oído decir eso. ¡Bello que era ese santo! ¡Un tipazo!
- Precisamente por eso era el santo casadero: como era un sacerdote bellísimo, para evitar que se enamoraran de él, les buscaba novios.
- Mira qué cosas inventa la gente.
- Bueno... Mis amigas eran queridas y respetadas en el barrio. La menor, María Flor, era rezandera de velorios; creyente de nuestra Señora del Carmen, siempre con su escapulario al cuello. La del medio, María Paula, preparaba bebedizos y tés contra la culebrilla y el mal de ojo, y la mayor, María Elena, devota de la Virgen de la Candelaria, ofrecía su servicio de buena muerte a los creyentes como ella.
- Explícame eso.



- Mira, una vez la acompañé a una casa vecina donde alguien agonizaba sin terminar de morirse y la familia la llamó. Al Entrar en el cuarto comenzó a rezar un rosario y del bolso de tela que llevaba sacó una sábana blanca doblada en dos y la extendió en el piso. Pidió a la familia que acostaran a la agonizante en ella con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza viendo hacia la puerta de la habitación y prendió cuatro velas de La Candelaria; esas velas son mitad amarilla y mitad roja: una cerca de la cabeza, otra en los pies y dos a los costados. Todo sin dejar de rezar. Enseguida la señora expiró.
- ¿De verdad qué eso pasó?
- Yo lo vi.


La Creencia

La advocación de La Candelaria es muy venerada en el país por considerarla muy milagrosa. Recuerda el bautismo del Niño Jesús y se asocia con una muerte tranquila y rápida, porque en ese bautismo, al reconocer en el niño Jesús, al verdadero Salvador de la humanidad, el anciano Simeón, que esperó más de un siglo por esa "buena nueva", le entregó su alma a Dios en presencia de la Virgen que sostenía una vela para llevar a cabo el ritual del Sacramento.



Los fantasmas del Pedagógico de Maracay

Presentación



Un fantasma es una aparición o manifestación incorpórea de una persona que murió, cuyo espíritu o alma permanece en la tierra. Estas manifestaciones perturbadoras, pueden ser imágenes, sonidos, olores o un descenso en la temperatura ambiental. Para J. L. Borges es “una sensación imprecisa de una presencia extraña o la repetición de alguna vivencia ocurrida en el pasado o un aviso premonitorio de un suceso crítico por ocurrir”. Ellos permanecen en el mundo de los vivos por diferentes motivos: buscando justicia ligada a su muerte; intentando resolver algo que quedó pendiente; porque no se han dado cuenta de que están muertos; para proteger a una persona querida, para aclarar alguna circunstancia grave o penosa asociada con el fallecimiento o por estar detenidas en el purgatorio, esperando por la decisión del lugar definitivo de descanso eterno. Esa espera suele ser muy larga, hasta que recorren el túnel que los llevará hacia la luz en el más allá.

Sin embargo, para investigadores de estos eventos como Muñoz Saldaña, son una cuestión cultural: no hay científicamente nada que los explique; el hombre los crea por el temor natural a la muerte, o también para dar respuesta a algunas preguntas existenciales, aunque pueden ser alucinaciones asociadas al uso de drogas o a algunos trastornos psíquicos, emocionales o neurológicos.

No los he visto, pero...

En el Instituto Pedagógico de Maracay algunos informantes reportan apariciones en sitios muy precisos; hay quien señala que en nuestra casa de estudio han fallecido miembros de la comunidad, y además no se debe olvidar que las instalaciones, que hoy ocupa la institución, pertenecían al antiguo Parque de Ferias, donde también ocurrieron algunas muertes violentas o que no fueron aclaradas.

¿Será verdad?, ¿Será mentira?, ¿Será el susurro de los árboles?, ¿el roce de las ramas secas?, ¿el crujir de las puertas o el quejido de las tuberías viejas y gastadas?, ¿Estas personas que fallecen están tan vinculadas al Pedagógico que manifiestan su presencia, aún siendo de día? ¿O será que nuestras nostalgias y recuerdos los atan, irremediabilmente, a nosotros y al lugar donde trabajaron o estudiaron y continúan haciéndolo en espíritu?



El fantasma de la camisa a rayas azules del viejo edificio de postgrado

- ¡Pero qué tipo tan atrevido! ¡Sádico, mirón! Meterse en baño de las mujeres -Exclamó la profesora y acto seguido se fue detrás de él; pero en el baño no había nadie. Fue entonces cuando, asustada, cayó en cuenta que se trataba de un espíritu, de la aparición del Postgrado.

Dicen que es el celaje de un hombre joven y delgado, con camisa de rayas azules, que se ve sentado en uno de los mesones, de repente se levanta y entra en el baño de damas y allí desaparece. Es el mismo que, durante algunas clases, con violencia abre y cierra las puertas del aula 5 del edificio viejo de postgrado, entra al salón y se sienta al final en uno de los tres pupitres que permanecen allí vacíos. Los alumnos, que ya conocen el cuento, dicen sentir mucho frío en ese lugar, por lo que se ubican preferentemente hacia el lado derecho del aula buscando el calor del sol que se filtra por las ventanas, dejando una especie de camino para que el fantasma entre y salga sin ser molestado, aunque su actividad interrumpe la clase siempre y hace perder la concentración de los estudiantes, que asustados cuchichean, se hacen gestos unos a los otros y no se atreven a mirar hacia el fondo del aula, ni a expresar en voz alta el temor que sienten.



Algunos explican que este fantasma es un muerto “sembrado” en alguna de las instalaciones del viejo edificio del Postgrado, tal vez uno de sus huesos formó parte de la argamasa con la que pegaron las cerámicas del baño de damas. No produce temor pero está destinado a permanecer por siempre en ese lugar como un protector del que mandó a hacer ese “trabajo”.

La muerta del baño de mujeres del edificio de castellano

- ¡Me salió la muerta, me salió la muerta! – Gritaba asustada agarrándose de un vigilante que encontró a su paso.

Una secretaria de Postgrado cuenta que una tarde lluviosa salió de su oficina y se vino caminando por la pasarela techada hasta el edificio de Castellano y Literatura. Como tenía muchas ganas de orinar, no quiso devolverse y entró al baño de estudiantes en la planta baja. Mientras orinaba, oyó unos pasos que entraban y pasaron frente a la puerta cerrada del cubículo donde ella estaba, vio una sombra y sintió el roce de una mano en la puerta; pero más nada. Como no sintió los pasos de regreso, cuando salió del cubículo revisó pensando que era una conocida, que se había escondido para gastarle una broma y no encontró a nadie. Se asustó y salió del baño sin subirse ni siquiera los pantalones, gritando que allí había una muerta. Un vigilante, que estaba cerca, vino y revisó junto con ella, el baño y tampoco encontró nada. La calmó sin darle importancia al hecho y la acompañó hasta su carro.

Después a ella le explicaron que allí aparecía una estudiante, que se iba todos los fines de semana para su casa en Valle de la Pascua y murió en un accidente automovilístico en la carretera. Esa chica se iba para su casa el viernes y regresaba al pedagógico los lunes muy temprano y se cambiaba de ropa en ese baño antes de irse a clase o tomar camino a su hogar en el estado vecino.



El fantasma de secretaria

Apúrate – Le dijo por el celular a su compañera de trabajo – Esto está muy solo y cuando no hay nadie comienzan esos ruidos. La pizuña que entro allí. ¡A ver si me sale el difunto!

Cuando no se había construido el edificio administrativo y éramos Instituto Pedagógico, la Dirección y una de las Subdirecciones funcionaban donde hoy está Secretaría. Allí se oye el rodar de una silla ejecutiva, la cual cruje como si se sentaran y se echaran hacia atrás, y el golpe de un manojo de llaves al caer sobre una mesa, además de gavetas que alguien abre y cierra y papeles que revuelven y del sacapuntas eléctrico que saca punta sin tener un lápiz adentro.

Dicen que es el espíritu de un subdirector administrativo, quien falleció una noche cuando iba de regreso a su casa en Turmero y chocó su automóvil contra la defensa de un puente, cayó al río y se ahogó. Los que lo conocían lo identifican porque él no acostumbraba levantarse de la silla ejecutiva, sino que se movía sentado en ella y solía, al llegar a trabajar, sacarse las llaves del bolsillo y tirarlas de un golpe sobre el escritorio de madera..



En el otro del edificio administrativo ...

- ¡Está bueno ya! ¡Quédate tranquilo! Deja de molestar que tengo que revisar algunas cosas antes de irme ¡Bueno, vale, déjame trabajar! – Oían que le decía siempre Alejandro en voz alta, a alguien que subía las escaleras del segundo piso de Administración, pisando fuerte, recorría de arriba abajo el pasillo y se detenía frente a la puerta cerrada de la Unidad de Informática, donde este ingeniero se quedaba solo al final de la tarde trabajando.

Nunca lo vio pero si percibía un dejo de colonia al salir y oía los ruidos: las pisadas, las uñas rascando la puerta y el frío en mitad del pasillo; pero como no le tenía miedo, le hablaba fuerte para ahuyentarlo, Dicen que era otro subdirector de la institución que murió trágicamente, de un accidente inusual en un gimnasio, donde acostumbraba hacer ejercicio.

Las mujeres de biología

Raiza ...

- ¿Qué te ocurre? ¿Te sientes mal? – Le preguntó el profesor sentado en su escritorio – Ah, ya sé: ¿la viste? Siempre aparece. Yo creo que le gusta curiosear y viene a ver cuando hay gente nueva por aquí. No le tengas miedo: es inofensiva. Hace años que murió. Creo que no lo sabe.

Cuando J.C. estudiaba pregrado, pertenecía al Club de Excursionismo coordinado por uno de los docentes de Biología. Una noche estaban esperando el autobús para salir de viaje y subió a hablar con el docente en su oficina en el segundo piso del edificio de Biología. Se quedó parado en la puerta de la oficina mientras conversaban porque el autobús estaba retrasado. Algo le llamó la atención en la entrada del piso y fue cuando observó una mujer, parada allí, con las piernas muy delgadas y arqueadas, vestida con un traje de encaje pasado de moda y con unos libros y carpetas en la mano. Algo en esa figura lo asustó, de tal manera que se quedó mudo y con cara de aterrado. El docente le preguntó qué le pasaba; pero él no podía moverse, ni hablar.

El profesor, entonces, le dijo que ya sabía lo que le ocurría, que no se preocupara, que había visto a Raiza, una de las tantas estudiantes, que habían muerto sin graduarse pero como eran tan aplicadas, seguían estando allí con ellos. Ella era la que salía cerca de la Jefatura del Dpto. La Biblioteca lleva su nombre.



Se llamaba maría bonita

- ¿Qué broma es esa?
- Dijo Carlos a sus compañeros viendo la mujer que caminaba por el pasillo de enfrente.
- No sé...-respondió Alberto - Tiene una cosa rara. No sé si es la ropa; pero no me gusta nada.
- ¿La seguimos a ver qué es?
- Tú eres loco. Vámonos, vámonos.
- Ni de broma. Con esas cosas no se juegan. Vámonos



Un vigilante cuenta, que hacía su ronda por los laboratorios de Biología, al caer la tarde, en momentos sin clase, y vio caminando frente a la Sala de Microscopios Ópticos a una mujer vestida con una blusa roja brillante, una falda negra, pegada y corta, medias caladas, aretes enormes, y una cola de caballo. Como le pareció raro, la llamó y la siguió. La mujer cruzó por la Sala de Herbario y el Laboratorio de Biología Vegetal y desapareció al llegar a la zona de Educación para el Trabajo. El se asustó cuando se dio cuenta que ninguno de los perros, que normalmente lo acompañaban, se había movido detrás de él, acompañándolo como era habitual con estos animales; llamó a los perros y caminando lo más rápido que pudo se alejó del lugar y decidió no volver nunca más a pasar por ese sitio de noche. Igual le pasó a un grupo de siete estudiantes

que un mediodía esperaban por una clase de recuperación, frente al Laboratorio de Biología Animal: vieron la mujer, contoneándose vestida de la misma forma, que desapareció al llegar al final de pasillo.

Dicen que esa fue una mujer que apareció muerta, recostada de una mata de acacia cerca de la fila de chaguaramos detrás de los laboratorios, cuando el lugar era Parque de Férias. No se supo qué pasó, ni quién era, soñó que la llamaban María Bonita como la de la canción del compositor mejicano Agustín Lara.

La catira de educación para el trabajo

El vigilante, precedido por Elvis y el Malacara, llegó a la casilla de vigilancia, más blanco que un papel y sin poder explicar lo que le había ocurrido. Uno de sus compañeros de la guardia nocturna lo calmó, antes de aventurarse solo hasta el sitio donde había quedado tirada la linterna y no vio ni sintió nada raro. Después, un poco más calmado, contó que los perros estaban nerviosos y él los había seguido hasta las instalaciones de Educación para el Trabajo, donde había visto a una hermosa mujer, una catira, toda vestida de blanco, hasta los zapatos, que lo miraba provocativamente antes de desvanecerse.

- Qué cosa tan fea lo que me ha pasado -Dijo.
- ¡Pero... qué te hizo? ¡Qué te dijo?
- Nada, nada. En realidad, nada. Pero sentí miedo, tanto que me quedé paralizado, con una cosa extraña que me subía por el espinazo. No voy más para allá. Y los perros, los perros lloraban como unos carajitos. Pobrecitos.



Viajaron con los libros

- Otra vez los ruidos – Se dijo en voz alta la Jefa de la Biblioteca – Todo debía estar en silencio, puesto que todo el mundo se fue ya. La única que está soy yo, y me quedo sola para organizar el sistema; pero siempre pasa lo mismo: me interrumpen las gavetas de los archivadores cerrándose, el sonido de libros que se abren o se caen... pisadas, risas. ¿Qué pasa? ¿Qué buena broma es ésta?

Al parecer, también la Biblioteca Central tiene sus fantasmas. No sabemos si son los mismos que movían los libros, apagaban y prendían las luces, y abrían y cerraban los archivadores, cuando la Biblioteca funcionaba en un galpón ubicado donde hoy está el centro de comunicación privado. Tal vez, cuando se mudaron los libros se vinieron en las cajas cerradas y se instalaron en el nuevo edificio. Cuentan que a partir de las siete de la noche, cuando cesa el trabajo y las salas se vacían de público y empleados, comienzan a escucharse ruidos, voces y risas en espacios totalmente vacíos de seres humanos. ¿Será que entre los espíritus hay algunos amantes de los libros o que ni aún muertos, han perdido el hábito de la lectura?. ¡Vaya Ud. a saber!



El fantasma serenatero

Ahora sí, ¿por qué se tardaron tanto con esta biblioteca?.

Bueeeno, estaba un grupo de pintores terminando de pintar la parte de adentro del edificio administrativo, ellos, para no interrumpir, hacían las labores bien pasada la tarde, cuando no había ya estudiantes ni docentes ni secretarías.

Ajá ¿Yyy? ...

¿Sabes? Ese espacio lleva el nombre de un muy querido profesor de fútbol y de kinesiología, tenía una voz preciosa, él era enamorado y daba serenatas; Uff, disfrutaba mucho cantar. Uno de los pintores, conocedor de quién era este profesor y sabiendo que le gustaba cantar, pues se puso a cantar también, al terminar preguntó: “¿Así es como tú cantabas, Luis?” Y, al oído escuchó que le respondían: “No, yo canto así” ... acto seguido, petrificado, con el corazón saliéndosele por la boca, oyó en la oreja como le dedicaban una canción, y al terminar, la misma voz que le cantaba, le dijo “¿Ves? Así es como se canta, chico”.

Por supuesto, este pintor salió corriendo asustado y contó lo sucedido a sus compañeros así que nadie quería volver y, por eso, hubo que terminar la faena durante el día, aunque el tipo se negó a seguir trabajando.

Mira pues, un fantasma serenatero ... Y con buena voz.



¿Será Verdad?

- Mire supervisor: no dormí nada. Desde la una comenzaron los ruidos en el gimnasio cubierto. Primero, los pasos subiendo la escalera, el chirrido de la puerta, el cui, cui de los aros y, al final, el cuerpo que cae. Yo no soy cobarde; pero no me la calo dos veces.
- Bueno, vamos a hacer las guardias juntos para que tú veas como se resuelve ese problema.

Cuando llegó el momento, ambos hombres se acostaron envueltos en sus cobijas. A la una de la madrugada se despertaron y encendieron las linternas y cuando se oyó el sonido de la puerta abriéndose y los pasos avanzando por el piso de madera, el supervisor, en voz alta dijo:

- ¡Qué broma contigo! Pareces loco, a ti te gusta que te estén regañando ¿A quién se le ocurre venir a hacer ejercicio de madrugada? Con esta oscuridad... Mira, es la una. Esta es hora de dormir. Anda vete, anda vete, o te voy a soltar los perros. ¡Caramba! Estoy hablando en serio.

De inmediato todo el ruido cesó pero el vigilante no volvió ni de día al gimnasio.

Simón, uno de los vigilantes que mejor conoce la institución, dice que tal vez... puede ser... quién sabe si son ruidos, crujidos de los materiales debido al cambio de temperatura, puertas mal cerradas, o el viento entre los árboles; “pero, le voy a decir algo, en una oportunidad decían que en el gimnasio se oían ruidos por la noche. Allí se habían lesionado gravemente algunos estudiantes y había uno que falleció esnucado, al caer mal sobre un plinto cuando se soltó de los aros y se pensaba que era él, que permanecía en ese lugar haciendo sus ejercicios. El gimnasio techado lleva su nombre. Me decidí a averiguar y una noche me quedé a dormir solo y descubrí que los ruidos eran los murciélagos que vivían en el techo y que salían por las ventanillas de noche a alimentarse y regresaban en la madrugada”.



“Otra vez, era de madrugada, cerca de las dos, y tres vigilantes recién contratados, llegaron hasta el puesto de vigilancia, corriendo, blancos del susto y dijeron que por los lados de Biología, cerca de Educación para el Trabajo, en una mata estaban uno perros que les ladraron desde arriba. Nos hacían uuuh, uuuh, uuuh. Tomé la linterna y me fui con ellos, y ¿sabe lo que era? Unos pichones de búho en un nido entre las ramas de una acacia. Pero... quién sabe, quién sabe cuál es la verdad”.

Nota

Las autoras agradecen a sus informantes (Wilma y Vilma, Raúl, Yelitza, Juan Carlos, el vigilante, Charli, Carlos, Víctor, Alejandro, Germán, Lady, Simón, Irama) por sus relatos, tiempo y paciencia. Han sido de enorme importancia para esta investigación. ¡Muchísimas Gracias!

Cabe acotar que preferimos no identificarlos con sus nombres y apellidos, manteniendo el anonimato por respeto y consideración.

Gabriela y Teresa

LAS AUTORAS

TERESA QUINTERO

terequintero@yahoo.es
@terequintero

Nació en Cumaná, estado Sucre y es docente de Castellano, Literatura y Latín egresada del Instituto Pedagógico de Caracas con Licenciatura y Maestría en letras de la Universidad Paul Valery (Francia). Profesora jubilada de la Upel- Maracay, donde realizó buena parte de su labor profesional, y donde presta servicio actualmente como docente investigadora adscrita al Postgrado de Gerencia Educacional desde el Núcleo de Investigación en Creatividad y Educación (NICRED) a partir de la Línea de Investigación “Desarrollo del Talento Organizacional”, siendo tutora y jurado de los Trabajos Especiales de Grado además de docente en el área de Metodología de la Investigación en distintos Programas de Postgrado de la universidad.

Es autora y coautora de textos de investigación y de cuentos infantiles. Recientemente se hizo acreedora del Primer Premio en la Mención Poesía en el Primer Concurso de Narrativa y Poesía para el personal jubilado de la UPEL a nivel nacional, y el Primer Premio en el de Narrativa de la segunda convocatoria; así mismo, obtuvo el tercer lugar en narrativa en la primera convocatoria de APROUPEL.



GABRIELA GARDIÉ

gabrielagardie@yahoo.es
@gabrielagardie

Graduada como Ingeniero de Sistemas en la Universidad Bicentennial de Aragua, posteriormente, culminó, en esa misma universidad su Maestría en Gerencia, Mención Administración con Mención Publicación. En el año 2010 se graduó como Experta en Procesos Elearning (Fundación para la Actualización Tecnológica de Latinoamérica - FATLA) y obtuvo su grado como Doctora en Educación en la UPEL Maracay (2012) además de un Post Doctorado en Investigación (2013) y como Locutora en la UCV (2014) siendo parte del Staff de Chocolate sin Estrés.

Labora como docente ordinaria del Programa de Informática – Departamento de Matemática de la UPEL Maracay, del cual fue su Coordinadora durante 09 años además de prestar servicios en el Doctorado en Educación y otros programas de postgrado desde el el Núcleo de Investigación en Creatividad y Educación (NICRED) a partir de la Línea de Investigación “Informática y Gestión del Conocimiento”.

Esta docente participa en eventos nacionales e internacionales asociados a las tecnologías, educación, innovación, gestión del conocimiento y creatividad, ha publicado también el libro “La gestión del conocimiento: Herramienta gerencial competitiva. Estudiando un caso práctico en Venezuela” además de coautora en otros libros y algunos artículos al respecto.



Huyyy, Creo que vi...

Recopilación de historias cotidianas venezolanas

TERESA QUINTERO. Docente de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico de Caracas con Licenciatura y Maestría en letras de la Universidad Paul Valery (Francia). Profesora jubilada de la Upel-Maracay, donde realizó buena parte de su labor profesional, y donde presta servicio actualmente como docente investigadora adscrita al Postgrado de Gerencia Educacional desde el Núcleo de Investigación en Creatividad y Educación (NICRED). Es autora y coautora de textos de investigación y de cuentos infantiles. Recientemente se hizo acreedora del Primer Premio en la Mención Poesía en el Primer Concurso de Narrativa y Poesía para el personal jubilado de la UPEL a nivel nacional, y el Primer Premio en el de Narrativa de la segunda convocatoria. Tercer lugar en narrativa en la primera convocatoria de APROUPEL.

GABRIELA GARDIÉ. Ingeniero de Sistemas en la Universidad Bicentaria de Aragua, posteriormente, culminó, en esa misma universidad su Maestría en Gerencia, Mención Administración con Mención Publicación. Experta en Procesos Elearning (Fundación para la Actualización Tecnológica de Latinoamérica - FATLA). Doctora en Educación en la UPEL Maracay (2012). Post Doctorado en Investigación (2013). Locutora en la UCV (2014) siendo parte del Staff de Chocolate sin Estrés. Labora como docente ordinaria del Programa de Informática - Departamento de Matemática de la UPEL Maracay, del cual fue su Coordinadora durante 09 años además de prestar servicios en el Doctorado en Educación y otros programas de postgrado desde el Núcleo de Investigación en Creatividad y Educación (NICRED) a partir de la Línea de Investigación "Informática y Gestión del Conocimiento".

ISBN: 978-980-7335-42-3



9 789807 335423

Teresa Quintero - Gabriela Gardié